

# RELEVO EN OBRAS PÚBLICAS

Don Federico Silva Muñoz termina su brillante gestión ministerial Se nombra para sustituirle a don Gonzalo Fernández de la Mora

El «Boletín Oficial del Estado» publica hoy, martes, un decreto de la Jefatura del Estado por el que se nombra ministro de Obras Públicas a don Gonzalo Fernández de la Mora.

Sustituye en dicho cargo a don Federico Silva Muñoz.

Madrid 13. El ministro de Obras Públicas entrante, don Gonzalo Fernández de la Mora, y el saliente, don Federico Silva Muñoz, se han reunido a cenar hoy con el subsecretario, directores generales y secretario general técnico del Ministerio de Obras Públicas, así como con el presidente, director general de Renfe y presidente del F. E. V. E. (Ferrocarriles Españoles de Vía Estrecha), con los que han tenido un amplio cambio de impresiones sobre las diferentes obras de las infraestructuras que corresponden al Ministerio de Obras Públicas.—Cifra.

*De pocos hombres se podrá decir con más verdad la frase evangélica: "por sus obras los conoceréis". Al hoy ex ministro don Federico Silva Muñoz se le conoció, se le conoce y se le conocerá mucho tiempo por esas obras, algunas verdaderamente faraónicas (como el Tránsito Tajo-Segura) que ahí están, sobre la piel de España, para testimonio de su gestión, en menos de un lustro al frente del Ministerio de Obras Públicas.*

*Esas frases acuñadas de "vox populi" (casi siempre certera en sus juicios intuitivos) que adjudican a Silva Muñoz los apelativos de "ministro eficaz" y también "ministro de últimas piedras" (irónica alusión a tantas "primeras" colocadas con boato oficial que no tuvieron la obligada continuidad), no eran tópicos. Nacían de la repetición sistemática de unas realidades que hoy están en la mente de todos los españoles.*

*Cuando en el mes de julio de 1965 un hombre de cuarenta y dos años que procedía de otras actividades intelectuales (doctor en Derecho, profesor de Economía, abogado del Estado, letrado del Consejo de Estado, académico de la Real de Jurisprudencia, procurador en Cortes desde 1961, etc.) era designado para regentar el Ministerio de Obras Públicas, unos periodistas le preguntaron, ¿cuáles eran sus planes al frente del Ministerio? Don Federico Silva Muñoz les contestó con una amable sonrisa algo por este tenor: "Hoy no tengo ningún plan. Esperen unos meses a que tome contacto con las necesidades del país. Para entonces les prometo una respuesta clara y concreta." Así fue. Antes de un año eran varios los planes de terminación de grandes obras que llevaban muchos años iniciadas (ejemplos los Enlaces Ferroviarios y el ferrocarril Madrid-Burgos) y se planeaban e iniciaban otras de gran trascendencia, como el abastecimiento de aguas a Madrid, incluida la llamada Solución Oeste (canal del Alberche) y otras obras.*

*Antes de los dos años, en el mes de enero de 1967, ya se acuerdan las concesiones de las autopistas Barcelona-La Junquera y Mongat-Mataró. El día 24 de dicho mes el ministro da a conocer el programa de la Red de Itinerarios Asfálticos (REDIA) y se expone en el Ayuntamiento de Madrid el plan de ampliación del Metro de Madrid. En el mes de mayo visita los colectores del Abroñigal y da a conocer el plan de la Red Arterial de Madrid.*

En el ánimo de todos estaba que Gonzalo Fernández de la Mora era ministrable, y en la alegría general de esta Casa está hoy su nombramiento de ministro, que recibimos con complacido y natural contento.

Es difícil resumir la aventura humana e intelectual de nuestro colaborador ilustre. Ha sido un prodigio de juventud y de capacidad. Por la brisa mediterránea de su natal Barcelona le llegaba tempranamente el recado exigente del logos, como un aviso de Grecia. A los diecinueve años, Azorín le daba matrícula de honor literaria y elogiaba su primer libro, un calado psicológico titulado "Paradoja". Había terminado en 1945, brillantemente, sus licenciaturas en Filosofía y en Derecho, con premio extraordinario de la Universidad de Madrid. Era ya un devorador de libros, un conferenciante serio y un escritor polémico. Tenía veintitrés años cuando ingresó en la carrera diplomática, y pocos más cuando era profesor de la misma. Con todavía mucho mocerío en su sangre ya aplicaba voluntad esclarecedora por poner orden en las grandes cuestiones de nuestro tiempo, por alcanzar el tuétano de la maestra Historia y la entraña veraz del pensamiento.

Los lectores de ABC tienen suficientes pruebas para conocerle por su obra de crítica que, reunida bajo el título general de "Pensamiento español", abarca tantos volúmenes como comprensiones, tantas aportaciones como claridades. Hombre depurador de quintaesencias, con una poderosa dotación para la síntesis, Fernández de la Mora nos hacía el regalo de su "naturaleza" intelectual para acercarnos toda la carga de pensamiento que desentrañaba en sus lecturas.

Desde Séneca a Zubiri y de Erasmo a Giner de los Ríos, nada de cuanto ha supuesto una contribución valiosa al acervo cultural español quedó fuera de su óptica. Clausuraba en Río de Janeiro un curso de conferencias sobre Unamuno y hablaba en Londres de Menéndez Pelayo, o en Buenos Aires situaba las coordenadas del pensamiento español contemporáneo.

Buen especulativo, anticipaba ideas y valores que luego aparecían en las corrientes del mundo. Pero su labor de crítico la ejerció siempre desde una tabla de valores y unas convicciones firmes, que lo hacían aparecer polémico y no permitía que el lector quedara indiferente. Como observador, tomaba partido

## FERNANDEZ DE LA MORA

(VIENE DE LA 3.ª COLUM-  
NA DE LA PAGINA 21.)

por la exigencia intelectual, por el rigor científico, por la objetividad.

Y al tiempo que semanalmente nos alertaba sobre cuanto en España se pensaba, escribía y publicaba, Fernández de la Mora había cubierto su propia andadura de escritor. "Las aporías de Nuremberg", "Esquema y ética de la colaboración", "Maquiavelo, visto por los tratadistas españoles de la Contrarreforma", "La quiebra de la razón de Estado", "Maeztu y la teoría de la revolución", "El artículo como fragmento", "El crepúsculo de las ideologías" son algunos de los títulos de sus libros.

Los premios le habían ido llegando por turno y en orden a sus muchos méritos: el "Luca de Tena", por vigentes precisiones sobre la enseñanza y la formación; el "Mariano de Cavia", por una semblanza emocionante de Agustín de Foxá; el "Gibraltar", por lo que su nombre indica, y el premio nacional de literatura "Menéndez Pelayo", por su abarcador ensayo "Ortega y el 98".

Una fina sensibilidad literaria le dio siempre garbo a su manera de situar, interpretar y comprender los grandes temas del pensamiento. Escritor, diplomático, había ya viajado por todo el mundo, y su vocación de joven maestro de las nuevas promociones le empujaba a acudir a los Colegios Mayores y a las Universidades no sólo a conferenciar, sino a escuchar, a dialogar y a convivir con las gentes más jóvenes que él.

Todo en él ha sido coherente y como formando un gran cuerpo unitario: sus servicios al país y al Estado, como cónsul y consejero de Embajada; como representante en Congresos internacionales, y los que como periodista y escritor ha ejercido en una de las más raras y ejemplares hazañas críticas que quepa recordar en nuestro tiempo. El Derecho, la Historia, la Filosofía, fueron siempre su devoción y su vocación. Y a estudiarlas se consagró, con afán de dar a muchos el fruto de sus cavilaciones. Secretario general del Centro Europeo de Documentación, miembro del Instituto de Estudios Políticos de la Hispanic Society, de Nueva York, y de la Société Européenne de Culture, de Ginebra, realizó una excelente labor en la Subdirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, del que luego ha sido subsecretario de Política Exterior, y hasta hoy mismo, subsecretario. Hace menos de un mes que la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas le elegía como miembro numerario.

Su talante humanista, su esperanza española y su categoría intelectual quedan evidentes en cuanto escribió y quiso. La Gran Cruz del Mérito Civil y la de Alfonso X el Sabio, así como las encomiendas de Isabel la Católica, Carlos III de Bélgica y Pablo I de Grecia, han reconocido sus servicios y méritos, que esperamos y deseamos encuentren ahora, al frente de las Obras Públicas de España, nueva ocasión de eficacia.